

Novela

Lozano ante la maldición



Josep Lozano
"El Mut de la Campana"

BROMERA
310 PÁGINAS
16 EUROS

JORDI GALVES

En 1980 Josep Lozano (Alginet, 1948) publicó "Crim de Germania", que originó su gloria. Eran los tiempos de la enésima recuperación pública de nuestra literatura y creyese que todo era otra vez nuevo y posible. Incluso conjurar el negro maleficio que, desde los tiempos de don Antoni de Bofarull y de su "Orfaneta de Menargües o Catalunya agonisant" de 1862, dispone que toda novela histórica en catalán está condenada a ser imitación modesta, provinciana y tosca de los grandes modelos europeos, como principió siéndolo de sir Walter Scott y Manzoni. El paso del tiempo ha desmentido un anhelo tan legítimo. Si bien Joan Perucho ("Les històries naturals", "Les aventures del cavaller Kosmas"), Joan F. Mira ("Borja Papa") y Néstor Luján han despertado cierto interés de público y crítica, la mayor parte de los ambiciosos proyectos individuales de novela histórica no se han visto favorecidos por un reconocimiento unánime ni dilatado en el tiempo. Las meritorias novelas de Carme Riera, Lluís-Anton Baulenas, Jaume Fuster, Maria Àngels Anglada, Jaume Cabré o Jordi Mata no son aún la novela histórica occidental que nos fascina, un Mújica Láinez, un Umberto Eco o incluso un Patrick Rambaud. Ni, por supuesto, Andreu Bosch, Francesc Puigpelat o Manel Garcia Grau, estupendos herederos de la pragmática de Racionero y su curioso "Cercamon". Si sigo prefiriendo "Cavalls cap a la fosca" o "L'emperador o l'ull del vent" de Porcel como novelas históricas, ¿dónde está la riqueza y variedad de nuestra novela histórica? Libros de una calidad comparable a "Bearn", "Mirall trencat" o "Camí de sirga".

La Valencia del siglo XVII

Así el regreso literario de Lozano constituye todo un acontecimiento. En el libro reencontraremos la gran habilidad de este escritor para transportarnos, de manera verosímil y documentada, a la opulenta Valencia del pasado, en este caso la del siglo XVII, una ciudad en la que reina el extremismo religioso y el oscurantismo, pero también, como en las novelas de actualidad de Ferran Torrent, la desorientación moral y el ciego anhelo de felicidad. El suntuoso estilo literario de Lozano alcanza aquí su expresión más rica y madura. Deslumbrante. No sólo porque incorpora con acierto decenas de suculentas expresiones populares. Su prosa es una asombrosa reconstrucción histórica del catalán culto de la Valencia del barroco (se trasluce aquí el estudio serio de los textos de Porcar, Ayerdi, los hermanos Vich, de Morlà y Alcaína). Pero no por más histórica una novela histórica es más novela.

Deshilachándose, las postreras cien páginas se asemejan más al valenciano rural de hoy que al que oyó Lope de Vega. El dinamismo también va apagándose, el pulso cede. La estructura se tambalea. Ni la emasculación ni el tremendismo del final de la historia tienen la fuerza ni la verdad del historicismo lingüístico del inicio. Sería mejor una magnífica novela fragmentaria que una novela desigual acabada con prisas. |

Qué lee Ángeles Santos

A sus noventa y dos años, la lectura de los titulares de tres o más periódicos se lleva un buen rato de los días y las horas de la pintora Ángeles Santos. Continúa trabajando, también leyendo, como la muchacha extraordinaria que hace tres cuartos de siglo pintó "Un mundo"

MERCÈ IBARZ



VICTORIA IBLESIAS

El nombre del lugar donde vive Ángeles Santos, Majadahonda, en los alrededores de este Madrid que parece la extensión al cuadrado de Valencia y su fiebre constructora, le va a la pintora como un guante. Una majada, cuenta el diccionario Casares, es un lugar o paraje que sirve para resguardar al ganado y a los pastores de la intemperie. Y ciertamente ésta es una majada profunda, honda. Su hijo, el también pintor Julián Grau Santos, forma parte intrínseca de este refugio resistente. Hablo con doña Ángeles de su exposición en Valladolid, estupenda. Como acostumbra desde hace un montón de años, ella no aparenta gran satisfacción y sí extrañeza. Pero mi impresión es que está muy contenta. Me alegro. Tal vez por ello accede no sólo a darme un cartel que reproduce su "Niña durmiendo", que pintó en 1932, sino también a hablar de libros.

Ángeles Santos

Portbou, 1911. Padre inspector de aduanas y madre hija de propietarios de una empresa de exportación. Vive allí hasta los trece. El oficio paterno obliga a recalar, entre otros muchos lugares, en Sevilla y Valladolid. Entre 1927 y 1932 pinta una obra extraordinaria, de raíz surrealista, que hasta hace poco no se ha valorado y que puede verse, hasta el 11 de enero, en el Museo Patio Herreriano de Valladolid. Nunca ha dejado de pintar

Su memoria va de aquí para allá, por supuesto. Son muchos años y esta artista ha llevado siempre un trájín interior de muchos quilates. "Pienso, luego existo", dirá al cabo de la conversación, tras bajar del piso de arriba una edición del **Discurso del método** de Descartes. Mucho de lo que le ha llegado de Francia tiene su devoción, por razones que provienen de su infancia en Portbou, por lo que me dice. Pero Descartes es especial. "Lo he leído muchas veces, muchas. Pienso, luego existo", repite.

Su hijo Julián la mira estupefacto. Esta mujer no acaba nunca de emitir flashes sorprendentes, incluso para él. La hermana mayor de Rafael Santos Torroella, el gran historiador del surrealismo catalán, es tan surrealista, tanto, que puede incluso no parecerlo. Como los mejores, me digo mientras recuerdo la estela de pintoras posteriores a Ángeles Santos, en los treinta y cuarenta, que pintaron en Europa y en

América. Es curioso, muy pocas aceptaron con gusto la etiqueta de surrealistas. Pero vaya si lo son. No hace falta que le diga nada sobre ello, le da lo mismo y a buen seguro que iba a despistar. Mientras yo cavilo, ella recita versos de **Jorge Manrique**:

"Recuerde el alma dormida, / avive el seso y despierte / contemplando / cómo se pasa la vida, / cómo se viene la muerte / tan callando". Es una de las más fuertes estrofas de **Coplas a la muerte de mi padre**, la gran obra del poeta que, dicen los estudiosos, mediado el siglo XV inauguró la poesía como un hecho individual, como expresión particular de sentimientos. Sólo vivió cuarenta años el pintor, de 1440 a 1480. Poesía y pintura han ido de la mano en la vida y la obra de Ángeles Santos.

Su cuadro "Un mundo", de unas dimensiones asombrosas para la época y para que lo pintara una chica de diecisiete años en el Valladolid de 1929, en dos meses, luce en el Patio Herreriano con todo el aire que necesita. Que es mucho aire. En la izquierda del conjunto, tan complejo como un políptico barroco de los que abundan en las iglesias de la ciudad, una estela de figuras remite a unos versos de Juan Ramón Jiménez:

"Apagan las estrellas / vagos ángeles malvas", que la pintora repite de memoria. "Yo hice que los ángeles las encendieran, las estrellas", sonríe, pícaro. Hace pensar en los versos del poeta en **Cuando yo era el niño Dios**.

Ah, pero lo que le gusta a morir a Ángeles Santos son las novelas familiares. Esas sagas británicas, a veces descubiertas a través de los seriales de tele, mejor si son de la BBC. Como **La saga de los Forsythe**, de John Galsworthy, a la que veo hay dedicadas un montón de páginas en Internet. O **Arriba y abajo**, otra serie muy recordada por la señora de Majadahonda